

instalasen en el campo astronómico del Bluff. Como este lugar habia sido del especial agrado del Sr. Jimenez, me pareció conveniente que él fuese quien ocupase esta estacion, dejándole por ayudante al Sr. Fernandez. Muy pocos dias despues, y tan pronto como se comenzó la edificación del observatorio, se instalaron ambos señores en su nuevo alojamiento que reunia todo el *comfort* necesario para pasar el próximo invierno, muy diferente en esto de las casas japonesas que no ofrecen comodidad ni abrigo alguno durante aquella cruda estacion.

En espera del término de las fiestas de Otoño para ponerme en relacion con el gobierno, empleábamos el tiempo en las exploraciones á que antes me he referido, en vigilar las obras de Mow-Cheong y en recorrer las pintorescas ciudades de Yokohama y Kanagawa. En cuanto á las diversiones públicas que tenian lugar con motivo de las fiestas, la que mas concurso de gente atraia, era la de las carreras de caballos promovida y ejecutada por los ingleses, conforme al uso de su país, y con todo el entusiasmo que como es sabido les inspira este ejercicio. A unos dos ó tres kilómetros hácia el Sur de la ciudad y dentro de la demarcacion extranjera, está el hipódromo, vasto espacio de unos mil metros de diámetro, en término medio, y cuyo contorno tiene en consecuencia mas de dos kilómetros. Una doble barrera guardada por algunos soldados ingleses de uniforme rojo, limita el *turf* anular destinado á los justadores; y exteriormente á la mayor de aquellas se levanta el tablado que ocupan los jueces y el público que tiene comprado billete de entrada para aquel local. Los demas espectadores se instalan en otros tablados semejantes, ó bien se colocan á lo largo de las barreras tanto en el círculo exterior como en el interior.

Aquel dia la lucha era entre caballos asiáticos montados por *jockeys* ingleses, los cuales vestian el ceñido traje de colores vivos, y la no menos estrecha montera que constituyen el atavío del jinete británico. El caballo japonés es de estatura mediana ó mas bien pequeña. Su cabeza es grande, la crin y la cola espesas y rizadas; todo su conjunto es poco airoso, y parece de un natural salvaje ó al menos mal domesticado. Su boca es tan dura, que acostumbrado yo á la facilidad con que se gobiernan nuestros caballos con el poderoso bocado mexicano, veia con sorpresa á aquellos animales que para dejarse montar era necesario que dos palafreneros los contuviesen por ambos lados del freno mientras que el gi-

nete se colocaba en la silla. Al terminar la carrera era mas difícil aun contenerlos, pues aunque el jockey empleando las dos manos tiraba con todas sus fuerzas de las riendas, no lograba detenerlos sino á unos cien metros mas allá de la línea que señalaba el límite de la apuesta.

Escaso interés ofrecia para mí el espectáculo de la corrida, si bien los ingleses se manifestaban entusiasmados por la lucha é interesaban fuertes sumas en ella; pero en cambio presentaba el hipódromo un golpe de vista magnífico y tenia además para mí el atractivo de la novedad, pues era la primera vez que veia yo reunido un numeroso público japonés. Los hombres con sus vestidos talarés azules ó pardos, adornados generalmente de blanco y ceñidos con una ancha faja, tenian la apariencia de miembros de una comunidad monástica, tanta así era su uniformidad de trajes en la forma y en los colores. Esta semejanza se hacia aun mas perfecta, atendiendo á que la inmensa mayoría del pueblo japonés no usa sombrero, y como se rapan la parte superior de la cabeza reuniendo el resto del cabello, perfectamente peinado, en un solo hacecillo que se atan arriba del occipital, vistos por detras y á cierta distancia parecen tonsurados como los monjes cristianos. Algunos individuos de las clases inferiores del pueblo, como los *bet-to* y los *dgin-riki*, en lugar de traje talar, usan un calzon azul muy estrecho y una especie de blusa del mismo color en cuya espalda están trazados con caracteres japoneses blancos los nombres ó las armas de las personas de quienes son servidores.

Aunque muchos hombres y aun algunas mujeres comienzan ya adoptar el calzado europeo, la mayor parte de los japoneses conservan los zapatos de madera ó las sandalias de bambú, sin duda á causa de su ínfimo precio. Los primeros consisten en una tabla ó suela de madera colocada sobre dos tablitas verticales que están fijadas hácia la tercera y las dos terceras partes de la longitud de aquella, y cuya altura es de tres ó cuatro pulgadas. Una correa que está en la parte delantera de este zapato sirve para atarlo al pié, pasando entre el primer dedo y los demas. Las medias que usan todos los japoneses, creo que sin excepcion, tienen el espacio que corresponde al dedo principal separado del de los otros, de manera que no presentan dificultad alguna al paso de los cordones con que se ata el calzado, cuya apariencia general es la de una especie de puentecillo. Este zapato debe ser muy molesto para quien no esté acostumbrado á usarlo desde niño, pues no proporciona verdaderamente mas ba-

se ó apoyo al pié que la pequeña distancia que hay entre las dos tablitas; pero en cambio es propio para andar sobre la nieve ó sobre el lodo de las calles sin ensuciarse los piés, circunstancia muy apreciable para los ja-



DAMAS JAPONESAS DE PASEO.

poneses que son aseados en extremo. Sin embargo, la falta de contacto íntimo ó de solidaridad, por decirlo así, entre el calzado y el pié, da por resultado un modo especial de andar, el cual consiste en levantar los piés un poco mas que nosotros, comunicando á todo el cuerpo en cada paso un mo-

vimiento muy poco airoso de oscilacion, ya hácia la derecha ya hácia la izquierda.

Me parece mucho mas cómoda la sandalia tejida de fibras de bambú que usan las clases inferiores del pueblo, la cual se ata de la misma manera, y que con excepcion del material de que está fabricada, es casi idéntica en la forma á la de piel curtida que usan nuestros indios.

El traje de las mujeres consiste en una série de batas abiertas por delante, sobrepuestas y de colores generalmente diversos, esto es, mas vivos los de las interiores y mas sombríos los de las exteriores. Todas estas batas tienen mangas muy anchas de una forma cuadrada, y que sirven á la vez de amplios bolsillos para llevar diversos útiles femeniles, entre los cuales figura por lo comun un pequeño espejo. El total del traje, se ajusta con un ancho cinturon de varios metros de longitud, y que despues de dar dos ó tres vueltas al derredor del talle, se anuda por detras formando un enorme lazo. Las japonesas se cuidan muy poco de hacer aparecer fina su cintura, de manera que no solamente desconocen el corset, sino que por el contrario dan á su talle un inmenso volúmen con la holgura de las batas acolchadas y con la larguísima faja que las sujeta. El vestido se estrecha hácia su parte inferior, de tal modo que en los piés tiene tan escasa anchura que no les permitiria andar con facilidad si no estuviera abierto longitudinalmente.

En lo que sí se muestran coquetísimas es en el peinado. Con el cabello se fabrican las figuras mas caprichosas, y entre ellas un verdadero arco que partiendo de la frente lleva su curva irreprochable hasta la parte posterior de la cabeza, en donde se reune con otras formas mas ó menos fantásticas construidas con los cabellos de atrás y con los laterales. Ni una sola hebra de cabello se ve jamás flotar desprendida de la masa general de los edificios que con él se fabrican, pues el conjunto perfectamente liso y brillante, tiene la rigidez de un cable por muy finas que sean sus fibras.

Alguna vez tuve ocasion de presenciar el complicado trabajo que desempeña una *peluquera* al peinar á sus clientes, pues allí las mujeres tienen muchas veces este oficio, así como el de afeitar á los hombres. Asunto es este en que se invierten horas enteras, y en que se hace uso de peines de todas las figuras imaginables que no habia yo visto hasta entonces, de agujas, de cordones blancos y rojos finamente tejidos de un papel muy re-

sistente, de bruñidores y de otra infinidad de utensilios de cuya existencia y utilidad no tenia la menor idea. Toda esta obra minuciosa se termina colocando con gracia entre el peinado y hácia la parte posterior de la cabeza, unas cuatro ó seis agujas largas de carey, de concha ó de metal, al-



«MUSUMI» Ó JOVENES JAPONESAS.

gunas de las cuales rematan en corales, esmaltes ó flores artificiales de vistosos colores; y otras veces completa el tocado una tela de seda roja bordada de blanco y graciosamente enlazada con el cabello,

Se comprende que una estructura tan sólida es capaz de durar varios dias, aun durmiendo sobre almohadas como las nuestras; pero con mas razon se conserva mucho tiempo sin alteracion, sirviéndose de las almohadas japonesas que usan tanto las mujeres como los hombres, pues estos son tan cuidadosos como aquellas para su peinado. Consisten estas almohadas en una pieza de madera de unos treinta centímetros de largo por doce ó catorce de altura y ocho ó diez de espesor. Su parte superior está cubierta con un cojin, y es en la que se apoya, no la cabeza, sino verdaderamente el cuello; y la inferior es ligeramente curva, de manera que oscila en su arco de círculo segun el punto del cojin de arriba en que se ejerce la presion. De este modo se concibe que el escaso espesor de semejante almohada impide reclinar en ella la cabeza, y en consecuencia queda esta al aire y por tanto libre de todo deterioro el primoroso tocado; pero en compensacion creo que solo una dilatada costumbre puede permitir el sueño sobre un aparato que, mas bien que medio de descanso, parece una guillotina. Nunca me asaltó la tentacion de experimentar sus ventajas, mas los japoneses le atribuyen muchísimas, y algunos me aseguraban que antes de habituarse á las europeas se expondrían á morir asfixiados si intentasen dormir con la cabeza hundida en un mullido almohadon de pluma. El hecho es que no opinan de la misma manera los japoneses que han comenzado ya á adoptar poco á poco los trajes y las costumbres de los occidentales.

Aunque con otro género de complicacion, no es menos singular el modo con que las mujeres japonesas cortan el cabello de sus hijos, desde que comienzan á tenerlo hasta la edad de cinco ó seis años, poco mas ó menos. Afeitándoles la mayor parte de la cabeza, les dejan con el resto del pelo mil dibujos caprichosos, figurando ya un completo cerquillo como el de los frailes católicos, ya una série de círculos de diversos tamaños, ya por último motas ovales ó piriformes, teniendo cuidado de conservar intactas estas y muchas otras labores, mediante la operacion de recortarlas de tiempo en tiempo y de rapar con frecuencia todo el espacio comprendido entre ellas.

Los vestidos y otros varios usos europeos se van generalizando en el Japon de una manera notable, y que contrasta singularmente con la resistencia á adoptar las mismas costumbres que se advierte en el vecino Imperio de la China. En el Japon no solo la totalidad de los funcionarios y